

Editar un libro* **por Gabriela De Mola**

Editar un libro es decirle adiós al romanticismo de editar un libro. Y si ya nos parecía muy poco romántica y bastante indescifrable la parte técnica de la edición (las máquinas, los números, la planificación), editar el primer libro de Dobra Robota Editora superó cualquier conocimiento tambaleante de egresada de Edición.

Porque editar un libro es para mí investigar, conseguir el original, mandarlo a traducir, editar, microeditar, corregir, leer, releer, escribir solapas, contratapas, introducciones, decidir estéticas, mantener coherencias, firmar contratos, llenar formularios, pagar tasas e inscripciones, llamar por teléfono, ir personalmente, deber horas en mi trabajo fijo, subir cajas, bajar cajas, comunicarme en castellano, inglés, polaco, preguntar, insistir, reclamar, repetir muchas veces lo mismo, perder la vergüenza. Desde decidir el tamaño de la letra hasta pelearme con los empleados de la AFIP. Y eso no tiene nada de romántico.

Sin embargo, editar un libro puede ser fácil.

Por ejemplo, elegir a Bruno Schulz como primer autor de la colección *(des)formas polacas* fue tan natural... como si él hubiese estado esperando ahí sentado y finalmente le hubiera llegado su turno. Había leído el diario de Witold Gombrowicz, sabía que entre los dos se había dado un intercambio interesante durante sus paseos por las calles de Polonia: una especie de laboratorio creado desde la conversación. Hablaban de hacer estallar la situación, de desacreditar la forma, de la vía secundaria de la realidad, de la subcultura y de la belleza incompleta. Yo no sabía quién era Schulz, pero el nombre del amigo de Gombrowicz se me grabó automáticamente. Tiempo después me enteraba de que sus derechos se habían liberado hacía muy poco y que las traducciones que existían en español estaban tan fragmentadas (lo que se podía conseguir era una selección de relatos llamada *La calle de los cocodrilos*, que no solo había sido editada en 1972, sino que la traducción se había hecho desde el polaco al inglés y después desde el inglés al español, resultado: una versión muy alejada del original) y eran tan españolas que la idea de generar una nueva traducción en Argentina no me parecía tan descabellada. España nos pasó por arriba con las traducciones y creo que esa neutralidad aparente de traducción española muchas veces se impregna en las voces de la nueva literatura argentina como resultado de haber consumido durante tantos años literatura traducida afuera. Por supuesto no vamos a encontrar en *Las tiendas de color canela* –primer libro de Schulz que publicamos– ningún regionalismo, ya que el texto mismo no lo pide, pero sí una frescura y una fluidez que no tienen las versiones anquilosadas de hace cuatro décadas atrás. Pero también España nos pasó por arriba con la edición de literaturas extranjeras. Argentina se quedó leyendo a los franceses, a los ingleses, a los norteamericanos, a los rusos; España empezó a editar a daneses, noruegos, húngaros, rumanos, serbios, checos y, por supuesto, a polacos. Y esos libros llegaban a Argentina, y siguen llegando, y cada vez son más y más caros. Nuevos autores extranjeros, una buena traducción y un precio razonable fueron los puntos de partida de Dobra Robota.

Empecé a frecuentar la Biblioteca Domeyko de la Casa Polaca para leer lo que podía y fotocopiar los textos en polaco. Y ellos, después de la tercera o cuarta vez que me aparecía por ahí, me preguntaron: ¿y vos quién sos? Yo no era descendiente de polacos, eso estaba claro. Pero era editora, y no tenía idea del embrollo en el que me estaba metiendo. Si lo hubiese sabido... probablemente lo haría de nuevo. La gente de la Biblioteca fue la primera en sumarse al entusiasmo de hacer una colección de literatura polaca, así que conté con su apoyo desde el

comienzo. Muchos de los contactos me los facilitaron ellos. Como por ejemplo el contacto con el Instytut Książki (el Instituto Polaco del Libro), que cuenta con el organizadísimo Poland Translation Program. O el contacto con la Embajada Polaca, quienes tampoco dudaron de un proyecto que difundiera la literatura polaca en Argentina. E incluso el más importante, el traductor.

Muchas veces, cuando las cosas no salían, me preguntaba por qué me había metido en semejante problema. Y también, cuando la imprenta me entregó los libros terminados (después de haber trabajado un año entero), me resultó extremadamente difícil cualquier tipo de reacción. Empecé a pensar que era demasiado trabajo para una sola persona. Ahora pienso que la exigencia de la Cámara Argentina del Libro de que todas las editoriales deben conformar una sociedad y el paso traumático por la administración pública pueden expropiarte de cualquier atisbo de felicidad. Y esa era la realidad: que la actividad editorial incipiente se encontraba con miles de trabas, que tenía que probar constantemente que no era una delincuente, que vivía donde vivo, que no iba a hacerme rica con este negocio. Tal vez editar un libro no era tan fácil y mucho menos crear de la nada una editorial.

«Desromantizar» la edición de un libro es el punto de partida ideal, aunque muchas veces no partimos desde ahí y lo encontramos en el medio del camino, cuando aparecen los obstáculos y nos desilusionamos. Nos transformamos en unos criticadores crónicos de la edición, del ámbito editorial argentino, de las políticas culturales, del país, de todo. Y la verdad es que lo que mejor sabemos hacer culturalmente es reinventarnos desde las crisis, tal como pasó en el año 2001 cuando, haciéndose lugar entre los monstruos multinacionales, empezaron a surgir montones de pequeñas editoriales nacionales con textos de lo más variado. Creo que ese movimiento fue la condición de posibilidad que hace que Dobra Robota exista ahora, quince años después. La idea de la pequeña editorial y la bibliodiversidad ya está instalada. Y eso no tiene nada de romántico.

Epílogo. Finalmente el libro estaba en mis manos. Ahora había que difundirlo, circularlo, presentarlo. No voy a decir que no fue un poco raro verlo en las librerías céntricas. Todavía no puedo ponerle palabras a esa sensación y tampoco me puedo tomar el tiempo para hacerlo: en un par de meses el segundo libro de Dobra Robota estará en la calle.